

MONJES, LIBROS Y BIBLIOTECAS CONVENTUALES EN LA EDAD MEDIA

Es la Edad Media una de esas épocas de las que parece desprenderse un efluvio espiritual, que todo lo envuelve; un aire de hermetismo, de profundidad, de adentrarse en sí mismo, que logra su reducto máximo, su expresión mayor en los monasterios. En medio del clima de incultura, de inseguridad, que la invasión de los pueblos bárbaros suscita en toda Europa en el siglo V, al provocar la caída del imperio romano de Occidente, el Monasterio surge como el reducto de paz, de florecimiento de las ciencias, las artes, la cultura.

Aún hoy, transcurridos ya tantos años, nos es dado penetrar en alguno de esos viejos monasterios, de paredes medio derruidas, en las que la hiedra se enseñorea; recorrer los amplios, luminosos y soleados claustros; contemplar desde allí el paisaje que se ofrece a nuestra vista. Escuchemos a uno de nuestros más castizos escritores, presentarnos con toda sencillez el emplazamiento de uno de esos conventos:

“Desde la ventanilla de la celda se ve el paisaje fino y elegante. Se ven unos prados verdes, aterciopelados, un riachuelo que se desliza lento y claro, y un grupo de álamos que se espejean en las aguas límpidas del arroyo. Dentro, en la celdita blanca, un monje escribe versos. Ahora se halla pintando un paisaje. Este paisaje es *verde e bien sencido*; está *de flores bien poblado*; las flores exhalan su fragancia; *claras fuentes* manan de las peñas...”

Estas simples palabras nos señalan la ubicación de esos

monasterios: en plena naturaleza, ya sea sobre las cumbres solitarias de los montes, en la profundidad de sombríos bosques o como viéramos ha poco en valles aislados, donde la soledad y el contacto con la naturaleza permitía el evadirse del mundo y de sus tentaciones. El monje que, inclinado sobre su pupitre, en la celdita blanca, escribe versos, no es otro que Gonzalo de Bereco quien nos transporta a través de ellos a ese "lugar cobiciaduro para homne cansado".

¿Cuál fue la vida en estos monasterios? Fácil es reconstruirla a través de las miniaturas de sus códices, de las crónicas, de las referencias literarias, de las reglas monásticas. Las Reglas benedictinas, por ejemplo, nos informan acerca de su vida, de sus obligaciones. Es la orden fundada por Benito de Nursia, quien en el siglo VI, en Italia, en Monte Cassino, levantará su monasterio y dará a éste las normas que serán luego el modelo seguido por las restantes órdenes de Occidente.

La lectura de la "Benedicite régula" es leitmotiv frecuente en la vida del monje, para recordar a cada instante al neófito que la orden exige una transformación previa del hombre, un olvido de su personalidad anterior y del mundo que le rodeaba: "Si eres capaz de acatarlas entra, si temes no poder resistir, véte en paz".

Dos son las obligaciones que la orden impone: "orare y laborare" y en esta última se incluyen las labores manuales e intelectuales. Conozcamos un día de tantos en la vida de los monjes:

Es todavía noche oscura cuando resuena la campana; desfila por los corredores, encapuchada, toda la comunidad, que se dirige hacia la iglesia oscura y glacial todas las mañanas, día tras día. Cumplidas sus obligadas prácticas religiosas y después del diario capítulo, reunión en la que se distribuyen faenas y se reciben órdenes de la superioridad, sepáranse los monjes para acudir cada cual a sus labores" (1).

(1) VEDEL, VALDEMAR, *Ideales de la Edad Media*. IV. *La vida monástica*. Barcelona, Labor, 1931.

Entre sus obligaciones figuran las tareas agrícolas. Bajo su impulso, las zonas insalubres, los bosques, se transforman en esos “prados verdes e bien sencidos” de que nos habla Berceo. Se cultiva la tierra, se talan los montes, se apacienta el ganado y quienes conocen un oficio pasan las horas en los talleres del monasterio. Pero junto a estas actividades manuales ocupan también un plano primordial la del espíritu y los especialistas del trabajo intelectual —los más capaces— pasan las horas en el ambiente sereno y silente de la biblioteca, que es escritorio a la vez; o bien en la paz de los claustros dedicados a la copia y estudio de las obras de los Padres de la Iglesia y aun de los clásicos. Cuántas sentencias latinas nos revelan el placer que en esta actividad encuentran. Dice Aleuino de York — el monje que dirigiera el escritorio de San Martín de Tours, en la época de Carlomagno—: “O quem dulcis vita, dum sedebamus quieti inter sapientis scrinias, inter librorum copias, inter venerandos patrum sensus!” (2). (Oh qué dulce fue la vida mientras estábamos quietos en los sabios escritorios, en la copia de libros, entre las opiniones veneradas de los Padres!), o aquella otra: “Monasterium sine libris est sicut civitas sine opibus, castrum sine numerus, coquina sine suppellectile; mensa sine cibis, hortus sine herbis, pratum sine floribus, arbor sine foliis” (3). (Monasterio sin libros es como una ciudad sin recursos, una fortaleza sin tropas, una cocina sin utensilios, mesa sin alimentos, huerto sin hierbas, prado sin flores, árbol sin hojas).

El escritorio es la dependencia del convento en la que se copiaban los libros, y es especialmente a la tarea en ellos desarrollada que voy a referirme. Estaban constituidos por monjes y novicios dirigidos por un bibliotecario. Algunos funcionaban anexos a la biblioteca, como sucede entre los benedictinos;

(2) Alcuinus. Ep. XXII. (Cit. en° THOMPSON, JAMES WESTFALL, *The medieval library*. Chicago, University of Chicago press, 1939. p. 1).

(3) Jakob Louber, of the Carthusian house in Basel, from L. Suber. *Informatorium bibliothecarii Carthusiensis* (Basel, 1888). (Cit. en *Ibid.* 369).

otros en cambio, como en la orden cisterciense, preferían las celdas individuales, en las que los monjes más letrados podían, no sólo dedicarse a la copia de libros, sino realizar también sus propios escritos. Algunas órdenes los instalaban en el camino abierto del claustro, cuya bóveda era el único techo y protección contra los elementos. Así se justifican aquellos versos en los que un monje expresara su desconformidad, señalando cómo en un claustro abierto todas las estaciones eran igualmente destructivas:

“In vento minime pluvia, nive, sole sedere
possumus in claustro nec scribere neque studere (4)

(De ninguna manera podemos estar sentados, ni escribir, ni estudiar en el claustro, con el viento, la lluvia, la nieve, el sol).

Algunos monasterios ingleses evitaban, entonces, estos inconvenientes, cerrando las aberturas del jardín al que daba el claustro con vidrios o esteras de juncos y cubriendo los espacios de las ventanas con papel aceitado. Frente a cada una de ellas, con planchas de madera, dividían el claustro, formando así compartimientos. Organizados estos pequeños estudios, colocaban debajo de cada ventana un escritorio y un asiento, lejano antecedente de los actuales “carrels” (La etimología del vocablo señala su primitiva función: De “carole”— palabra normanda que significa: tapiar, cercar, derivó “quadril” y una corrupción de esta voz es “carrel”).

Allí solía el monje elaborar el libro desde su etapa inicial: recortar el pergamino con su cuchillo y regla, pulir y satinar su superficie; trazar las líneas con plomo o grafito y señalar los márgenes. El quinto prior de la Gran Cartuja, compilador de las Consuetudines de la orden enumera los materiales que éste utiliza: “Ad scribendo vero scriptorium, pennas, cretam, pumices duos, cornua duo, scalpellum unum, ad radenda pergamenta novaculae sive rasoria duo, punctorium unum, subulam unam, plumbum, regulam, postem ad regulan-

(4) EDLER DE ROOVER, Florence, *The Scriptorium* (En *Ibid.* p. 597).

dum, tabulas, graphium. Quid si frater alterius artis fuerit — quod quod nos raro valde contingit, omnes enim pene quos suscepimus, si fieri potest scribere docemus— habebit artis sua instrumenta convenientia” (5). (Para escribir en un escritorio (habrá) plumas, tiza, dos piedras pómez, dos tinteros, una lanceta; para pulir el pergamino cuchillos o dos raspadores, un punzón, una lezna, plomo, la regla para trazar las líneas, tabletas, grafito. Si un hermano fuera de otro arte, lo que rara vez sucede junto a nosotros, pues a casi todos los que admitimos enseñamos a escribir, tendrá los instrumentos adecuados a su arte”.

Sentado en su pupitre individual, de banqueta sin soporte para la espalda, sobre el pupitre los dos tinteros, casi siempre en forma de cuerno —de allí su nombre “cornua”— conteniendo tinta roja y negra, el monje trabaja incansablemente. Su trabajo es duro, agotador. Al acabar la copia de las Morales de San Gregorio —hoy en la Catedral de Córdoba— el amanuense, él escribe Florencio, temeroso se dirige a sus lectores: “El que no sabe escribir, piensa que esto no cuesta nada; pero sábetelo yo te lo aseguro, que es un trabajo ímprobo. Quitale luz a los ojos, encorva el dorso, tritura el vientre y las costillas, da dolor a los riñones y engendra fastidio en todo el cuerpo. Por eso, tú lector, vuelve las hojas con cuidado, ten los dedos lejos de las letras, porque así como el granizo arrasa los campos, así el lector inútil destroza la escritura y el libro. Sabes lo dulce que es para el navegante la arribada al puerto? Pues eso es para el copista trazar la última línea” (6).

Las tareas estaban repartidas: los “antiquarii” eran los monjes de más bella caligrafía, encargados de la elaboración de los libros litúrgicos; los “librarii” o “scriptores”, eran los novicios o monjes menos prácticos, empleados para las copias

(5) Cit. en: EDLER DE ROOVER, Florence, *Library administration and the care of books*. (En: THOMPSON, James Westfall, *op. cit.*, p. 618).

(6) BERCEO Gonzalo de, *Los Milagros de Nuestra Señora*. Selección, estudio y notas por Gonzalo Menéndez Pidal. Zaragoza, Ebro, 1943, p. 13-14.

comunes; los rubricadores, miniaturistas, posteriormente llamados iluminadores, dotados de habilidad para pintar y diseñar, tenían a su cargo la ornamentación de los manuscritos. Quienes habían sido designados para realizar estas tareas no podían rehusarlas. Algunas órdenes —los Cartujos por ejemplo— imponían sanciones: “Qui scribere seint, et potest et noluerit, a vino absteineat arbitrio prioris” (?). (Por orden del prior sea privado del vino quien sepa escribir, puede y no quiere). En un manuscrito de Lorsch del siglo IX se revela como un escribiente fue severamente castigado por querer eludir su tarea: “Jacobo escribió esto” —dice— y más adelante agrega “una cierta parte de este libre no es de su libre propia voluntad, sino bajo compulsión, ligado por cadenas...” (?).

Los días y horas de trabajo variaban según las órdenes monásticas. Algunas permitían continuar las tareas en los días de las festividades menores de la iglesia. Los cistercienses absolvían a sus escribientes de las labores manuales, excepto en las épocas de cosecha.

Característica de los escritores era también, la regla del silencio, cumplida estrictamente. A pesar de ella, los márgenes de algunos manuscritos brindan jocosas notas que revelan como los escribientes la burlaban. Así en un manuscrito del monasterio de Saint Gall en Suiza se lee: “Gracias Sr., pronto será obscuro”, o “San Patricio de Armagah, líbrame de la escritura”, o “Oh que un vaso de vino, bueno, añejo, venga a mi lado”... (?).

Una de las representaciones más antiguas de un escritorio es la que nos lleva a través de la miniatura de un manuscrito español, el Comentario de la Apocalipsis de San Beato, escrito en el monasterio de San Salvador de Tabara, provincia de Zamora en el 970 por el presbítero Emeterius. Pese al cansancio provocado por la larga tarea tiene alientos aún para agregar

(?) Carthusian Statute of 1279. (Cit. en THOMPSON, J. W., *The medieval...*, p. 601).

(*) Cit. en *Ibid.*, p. 601.

(*) Cit. en *Ibid.*, p. 606.

al dorso de la hoja la reproducción de una torre —la torre del monasterio— con arcos de herradura, terminada por un tejado y con dos torrecillas que hacen de campanario. El cuerpo del edificio anejo a la torre es un escritorio. Allí está Emeterius, fatigado, pluma en mano; frente a él el monje Senior; sentados en sendos sillones, vestidos de túnica, con los pies desnudos. La cabeza cubierta con una mitra. Con una mano sostienen el cuaderno, en la otra llevan una pluma de ave en ademán de escribir. Al lado en un compartimiento especial está el monje pergamino, sentado sobre un taburete, cortando el pergamino con grandes tijeras. El es el encargado de preparar las pieles, formar los cuadernos, fabricar las tintas de diversos colores, cortar las plumas de ave.

Al iniciarse el día, luego del rezo matutino, comienza la jornada del monje copista. El bibliotecario o jefe del escritorio —que se distingue por el anillo en forma de llave— abre los armarios y distribuye entre los amanuenses, códices de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres, de Cicerón, Virgilio, Ovidio, etc., que día tras día habrán de copiar. A partir de este instante, nadie, excepto el abad, el prior, el subprior, podrán penetrar en el recinto, ni el amanuense abandonarlo sin permiso del abad.

Trasladémonos por un instante a uno de ellos: “Algunos de los monjes más viejos y enfermezos o de los más sabios, obtienen el privilegio de habitar celdas individuales, en cuyo retiro con licencia del abad se consagran al estudio y a la meditación. La mayor parte, sin embargo, trabajan en el escritorio y en la vecina biblioteca, en cuyos estantes hurones el macilento Renaelo, archivo viviente, de una miopía rayana en la ceguera. En el largo y angosto aposento, cuyas ventanas dan a un corral, penetra la luz a través de tenues cortinas de un color verdoso que aquieta el espíritu. Frente a una larga hilera de pupitres sin pintar se instalan los monjes sentados en taburetes, e inclinan la tonsurada cabeza sobre los pergaminos trabajados en el mismo taller del convento. Mientras su vista va siguiendo el texto del libro, la mano dibuja las elegantes minúsculas. Transcu-

rren largas horas en completo silencio, ya que los monjes se entienden por señas en la biblioteca. En un rincón alejado de las ventanas, está acurrucado el enfermizo hermano Juan, que no puede sufrir las corrientes de aire, atrincherado tras los escritos de San Agustín, en cuyo estudio se halla sumido de continuo. Otro de los hermanos sobremana celebrado, por los ardientes sermones que pronuncia cada domingo, busca en curiosos libros antiguos que tratan de animales, ejemplos a propósito para la exposición de su moral. Un tercero, el joven padre Germano, el belicoso dogmático del monasterio que ha estudiado en las nuevas escuelas de París, lucha en su espíritu contra las opiniones heréticas que halla en el libro que está leyendo y esboza y dispone sus argumentos en una tablilla encerada a guisa de libro de notas. No se oye más, de tanto copista, que el rasgar de las plumas de ganso sobre las hojas de vitela, y de vez en cuando se detiene alguno para señalar el sitio que ha de ocupar la inicial de algún capítulo, a fin de que el diestro iluminador del convento pueda llenarlo de abigarrados y dorados arabescos" (10).

Es ya de noche. Uno de los monjes que tiene a su cargo la tarea de copiar un escrito de Cicerón, fatigado y soñoliento escribe ya mecánicamente y deja deslizar de su pluma, inconscientemente, las palabras de un salmo —el rezo del coro— que llega a sus oídos, desde la vecina Iglesia. El día acaba, con él la jornada del monje copista. El monasterio y su mundo se sumergen en el silencio profundo de la noche.

STELLA MARIS FERNANDEZ DE VIDAL

Rivadavia 6003. 4º Dep. 27. Buenos Aires

(10) VEDEL, Valdemar, *Ideales de la Edad Media*. IV. *La vida monástica*. Barcelona, Labor, 1931, p. 28-29.